

El gozo de la
CREEP
Navidad

EDITOR GENERAL
RANDY FRAZEE



La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en satisfacer las necesidades de las personas con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.

CREER - EL GOZO DE LA NAVIDAD

Edición en español publicada por
Editorial Vida – 2014
Miami, Florida

©2014 por Editorial Vida

Este título también está disponible en formato electrónico.

Originally published in the USA under the title:

Believe - The Joy of Christmas
Copyright ©2014 by Zondervan

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49530.
All rights reserved

Editora en Jefe: *Graciela Lelli*

Traducción: *Belmonte*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® © 1999 por Bíblica, Inc.® Usados con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Esta publicación no podrá ser reproducida, grabada o transmitida de manera completa o parcial, en ningún formato o a través de ninguna forma electrónica, fotocopia u otro medio, excepto como citas breves, sin el consentimiento previo del publicador.

ISBN: 978-0-8297-6662-2

CATEGORÍA: BIBLIAS / Nueva Versión Internacional / Nuevo
Testamento y Porciones

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
PRINTED IN THE UNITED STATES OF AMERICA

14 15 16 17 18 RRD 06 05 04 03 02 01

Tabla de contenido

Prefacio | 7

Capítulo 1. Dios personal | 9

Capítulo 2. Adoración | 37

Capítulo 3. Gozo | 63

Índice de citas bíblicas | 91

Prefacio

Sucedió que un ángel del Señor se les apareció. La gloria del Señor los envolvió en su luz, y se llenaron de temor. Pero el ángel les dijo: «No tengan miedo. Miren que les traigo buenas noticias que serán motivo de mucha alegría para todo el pueblo. Hoy les ha nacido en la ciudad de David un Salvador, que es Cristo el Señor».

—*Lucas 2.9–11*

Permite que te haga una pregunta. ¿Eres parte del «todo» en las palabras «todo el pueblo»? Entonces esta promesa estaba dirigida a ti. Cuando Jesús entró en nuestro mundo envuelto en cálidas ropas y tumbado en un pesebre, la intención de Dios Padre era que eso te causara alegría.

Quizá estas Navidades te hayan pasado por encima; pero no tiene que ser así. La promesa de Dios sigue estando viva, y su ofrecimiento de alegría sigue estando a tu disposición.

Este librito pretende ayudar. Es una colección de historias de la Escritura desde Génesis hasta Apocalipsis organizado alrededor de tres temas clave de la fe cristiana: creencia, práctica y virtud.

Los tres tienen el secreto del ofrecimiento que Dios nos hace de alegría y gozo.

Creencia: Dios personal

Experimentar alegría o gozo comienza con creer que Dios participa y se interesa por mi vida cotidiana. ¿Crees eso?

PRÁCTICA: ORACIÓN

Para que una creencia tenga un impacto pleno en nosotros, no podemos tan sólo creerla en nuestra cabeza; también debemos creerla en nuestro corazón. Esta práctica espiritual ayudará a la creencia anterior a hacer el viaje de 30 centímetros desde la cabeza hasta el corazón.

VIRTUD: GOZO

Con el tiempo, el fruto del gozo aparecerá en tu vida. El gozo de Dios te permite experimentar contentamiento interior y propósito en medio de tus circunstancias, tanto buenas como malas. ¿Qué te parece eso?

Disfruta del regalo de la Palabra de Dios esta Navidad, y dentro de poco tiempo estarás cantando: “Al mundo gozo, el Señor nació”.

—Randy Frazee
Editor general



CAPÍTULO

1

Dios personal

IDEA CLAVE

«Creo que Dios está involucrado en mi vida cotidiana
y se interesa por ella».

VERSÍCULO CLAVE

A las montañas levanto mis ojos;
¿de dónde ha de venir mi ayuda?
Mi ayuda proviene del SEÑOR,
creador del cielo y de la tierra.

Salmos 121.1-2

El Dios de la Biblia es el único Dios verdadero: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Él es el eterno Dios todopoderoso y omnisciente. Pero ¿es bueno? ¿Está involucrado en su creación? ¿Nos ama? ¿Tiene un plan para nosotros? ¿Está intercediendo e interviniendo para mover los eventos de nuestra vida y nuestro mundo hacia su propósito? Pensemos en las siguientes historias y decidamos por nosotros mismos.

DIOS ES BUENO

Abraham y Sara, los grandes patriarca y matriarca del pueblo israelita, se llamaban en un principio Abram y Sarai. Dios le había prometido a Abraham que sería el padre de una gran nación, pero ¿cómo puede alguien ser el padre de una nación si no tiene hijos?

Saray, la esposa de Abram, no le había dado hijos. Pero como tenía una esclava egipcia llamada Agar, Saray le dijo a Abram:

—El SEÑOR me ha hecho estéril. Por lo tanto, ve y acuéstate con mi esclava Agar. Tal vez por medio de ella podré tener hijos.

Abram aceptó la propuesta que le hizo Saray. Entonces ella tomó a Agar, la esclava egipcia, y se la entregó a Abram como mujer. Esto ocurrió cuando ya hacía diez años que Abram vivía en Canaán.

Abram tuvo relaciones con Agar, y ella concibió un hijo. Al darse cuenta Agar de que estaba embarazada, comenzó a mirar con desprecio a su dueña. Entonces Saray le dijo a Abram:

—¡Tú tienes la culpa de mi afrenta! Yo puse a mi esclava en tus brazos, y ahora que se ve embarazada me mira con desprecio. ¡Que el SEÑOR juzgue entre tú y yo!

—Tu esclava está en tus manos —contestó Abram—; haz con ella lo que bien te parezca.

Y de tal manera comenzó Saray a maltratar a Agar, que ésta huyó al desierto. Allí, junto a un manantial que está en el camino a la región de Sur, la encontró el ángel del SEÑOR y le preguntó:

—Agar, esclava de Saray, ¿de dónde vienes y a dónde vas?

—Estoy huyendo de mi dueña Saray —respondió ella.

—Vuelve junto a ella y sométete a su autoridad —le dijo el ángel—. De tal manera multiplicaré tu descendencia, que no se podrá contar.

»Estás embarazada, y darás a luz un hijo,
y le pondrás por nombre Ismael,
porque el SEÑOR ha escuchado tu
aflicción.

Será un hombre indómito como asno
salvaje.

Luchará contra todos, y todos lucharán
contra él;
y vivirá en conflicto con todos sus
hermanos.

Como el SEÑOR le había hablado, Agar le puso por nombre «El Dios que me ve», pues se decía: «Ahora he visto al que me ve.» Por eso también el pozo que está entre Cades y Béred se conoce con el nombre de «Pozo del Viviente que me ve».

Agar le dio a Abram un hijo, a quien Abram llamó Ismael. Abram tenía ochenta y seis años cuando nació Ismael.

Abraham y Sara habían intentado «ayudar a Dios» haciendo que Abraham tuviera un hijo con Agar. El resultado fue una debacle para todas las personas involucradas. Pero en esta historia vemos el comienzo de un patrón: Dios toma nuestros tropiezos y los convierte en algo bueno. Agar se convirtió involuntariamente en parte de la falta de fe de Abraham y Sara. Sin embargo, Dios oyó su clamor y le ayudó. La historia continúa...

Tal como el SEÑOR lo había dicho, se ocupó de Sara y cumplió con la promesa que le había hecho. Sara quedó embarazada y le dio un hijo a Abraham en su vejez. Esto sucedió en el tiempo

anunciado por Dios. Al hijo que Sara le dio, Abraham le puso por nombre Isaac. Cuando su hijo Isaac cumplió ocho días de nacido, Abraham lo circuncidó, tal como Dios se lo había ordenado. Abraham tenía ya cien años cuando nació su hijo Isaac. Sara dijo entonces: «Dios me ha hecho reír, y todos los que se enteren de que he tenido un hijo, se reirán conmigo. ¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara amamantaría hijos? Sin embargo, le he dado un hijo en su vejez.»

El niño Isaac creció y fue destetado. Ese mismo día, Abraham hizo un gran banquete. Pero Sara se dio cuenta de que el hijo que Agar la egipcia le había dado a Abraham se burlaba de su hijo Isaac. Por eso le dijo a Abraham:

—¡Echa de aquí a esa esclava y a su hijo! El hijo de esa esclava jamás tendrá parte en la herencia con mi hijo Isaac.

Este asunto angustió mucho a Abraham porque se trataba de su propio hijo. Pero Dios le dijo a Abraham: «No te angusties por el muchacho ni por la esclava. Hazle caso a Sara, porque tu descendencia se establecerá por medio de Isaac. Pero también del hijo de la esclava haré una gran nación, porque es hijo tuyo.»

Al día siguiente, Abraham se levantó de madrugada, tomó un pan y un odre de agua, y se los dio a Agar, poniéndoselos sobre el hombro. Luego le entregó a su hijo y la despidió. Agar partió y

anduvo errante por el desierto de Berseba. Cuando se acabó el agua del odre, puso al niño debajo de un arbusto y fue a sentarse sola a cierta distancia, pues pensaba: «No quiero ver morir al niño.» En cuanto ella se sentó, comenzó a llorar desconsoladamente.

Cuando Dios oyó al niño sollozar, el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: «¿Qué te pasa, Agar? No temas, pues Dios ha escuchado los sollozos del niño. Levántate y tómallo de la mano, que yo haré de él una gran nación.»

En ese momento Dios le abrió a Agar los ojos, y ella vio un pozo de agua. En seguida fue a llenar el odre y le dio de beber al niño. Dios acompañó al niño, y éste fue creciendo; vivió en el desierto y se convirtió en un experto arquero; habitó en el desierto de Parán y su madre lo casó con una egipcia.

En la historia de Agar e Ismael, aunque estaban en el lado equivocado del perfecto plan de Dios, en su bondad, Dios les proveyó y les bendijo (y también a sus descendientes).

Otro personaje bíblico en cuya vida vemos lo mucho que Dios está involucrado y se interesa por su pueblo es David, el poeta, cantor, pastor, guerrero y rey, que escribió y cantó desde lo más profundo de su corazón mientras viajaba por la vida y se encontró con el único

Dios verdadero. David compuso muchos de los salmos que se encuentran en nuestra Biblia. David escribió como un joven pastor mientras contemplaba los millones de estrellas que Dios creó; escribió mientras era perseguido por el rey Saúl; escribió mientras era rey de Israel; y escribió mientras se acercaba al final de sus días sobre la tierra. Los cantos que David y los otros salmistas escribieron expresan su relación íntima y personal con Dios.

Oh SEÑOR, soberano nuestro,
¡qué imponente es tu nombre en toda la
tierra!

¡Has puesto tu gloria sobre los cielos!
Por causa de tus adversarios has hecho
que brote la alabanza
de labios de los pequeñitos y de los niños
de pecho,
para silenciar al enemigo y al rebelde.
Cuando contemplo tus cielos,
obra de tus dedos,
la luna y las estrellas que allí fijaste,
me pregunto:
«¿Qué es el hombre, para que en él
pienses?
¿Qué es el ser humano, para que lo
tomes en cuenta?»

Pues lo hiciste poco menos que un dios,
y lo coronaste de gloria y de honra:
lo entronizaste sobre la obra de tus
manos,
todo lo sometiste a su dominio;
todas las ovejas, todos los bueyes,
todos los animales del campo,
las aves del cielo, los peces del mar,
y todo lo que surca los senderos del
mar.

Oh SEÑOR, soberano nuestro,
¡qué imponente es tu nombre en toda la
tierra!

El SEÑOR es mi pastor, nada me falta;
en verdes pastos me hace descansar.
Junto a tranquilas aguas me conduce;
me infunde nuevas fuerzas.
Me guía por sendas de justicia
por amor a su nombre.
Aun si voy por valles tenebrosos,
no temo peligro alguno
porque tú estás a mi lado;
tu vara de pastor me reconforta.

Dispones ante mí un banquete
en presencia de mis enemigos.
Has ungido con perfume mi cabeza;
has llenado mi copa a rebosar.

La bondad y el amor me seguirán
todos los días de mi vida;
y en la casa del SEÑOR
habitaré para siempre.

SEÑOR, tú me examinas,
tú me conoces.
Sabes cuándo me siento y cuándo me
levanto;
aun a la distancia me lees el
pensamiento.

Mis trajines y descansos los conoces;
todos mis caminos te son familiares.

No me llega aún la palabra a la lengua
cuando tú, SEÑOR, ya la sabes toda.

Tu protección me envuelve por
completo;
me cubres con la palma de tu mano.

Conocimiento tan maravilloso rebasa mi
comprensión;
tan sublime es que no puedo
entenderlo.

¿A dónde podría alejarme de tu Espíritu?

¿A dónde podría huir de tu presencia?

Si subiera al cielo,
allí estás tú;
si tendiera mi lecho en el fondo del
abismo,
también estás allí.

Si me elevara sobre las alas del alba,
o me estableciera en los extremos del mar,
aun allí tu mano me guiaría,
¡me sostendría tu mano derecha!
Y si dijera: «Que me oculten las tinieblas;
que la luz se haga noche en torno mío»,
ni las tinieblas serían oscuras para ti,
y aun la noche sería clara como el día.
¡Lo mismo son para ti las tinieblas que la
luz!

Tú creaste mis entrañas;
me formaste en el vientre de mi madre.
¡Te alabo porque soy una creación
admirable!
¡Tus obras son maravillosas,
y esto lo sé muy bien!
Mis huesos no te fueron desconocidos
cuando en lo más recóndito era yo
formado,
cuando en lo más profundo de la tierra
era yo entretejido.
Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación:
todo estaba ya escrito en tu libro;
todos mis días se estaban diseñando,
aunque no existía uno solo de ellos.
¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus
pensamientos!
¡Cuán inmensa es la suma de ellos!

Si me propusiera contarlos,
sumarían más que los granos de arena.
Y si terminara de hacerlo,
aún estaría a tu lado.

Oh Dios, ¡si les quitaras la vida a los
impíos!

¡Si de mí se apartara la gente sanguinaria,
esos que con malicia te difaman

y que en vano se rebelan contra ti!

¿Acaso no aborrezco, SEÑOR, a los que te
odian,

y abomino a los que te rechazan?

El odio que les tengo es un odio
implacable;

¡los cuento entre mis enemigos!

Examíname, oh Dios, y sondea mi
corazón;

ponme a prueba y sondea mis
pensamientos.

Fíjate si voy por mal camino,

y guíame por el camino eterno.

Te exaltaré, mi Dios y rey;

por siempre bendeciré tu nombre.

Todos los días te bendeciré;

por siempre alabaré tu nombre.

Grande es el SEÑOR, y digno de toda
alabanza;

su grandeza es insondable.
Cada generación celebrará tus obras
y proclamará tus proezas.
Se hablará del esplendor de tu gloria y
majestad,
y yo meditaré en tus obras maravillosas.
Se hablará del poder de tus portentos,
y yo anunciaré la grandeza de tus obras.
Se proclamará la memoria de tu inmensa
bondad,
y se cantará con júbilo tu victoria.

El SEÑOR es clemente y compasivo,
lento para la ira y grande en amor.

El SEÑOR es bueno con todos;
él se compadece de toda su creación.
Que te alaben, SEÑOR, todas tus obras;
que te bendigan tus fieles.
Que hablen de la gloria de tu reino;
que proclamen tus proezas,
para que todo el mundo conozca tus
proezas
y la gloria y esplendor de tu reino.
Tu reino es un reino eterno;
tu dominio permanece por todas las
edades.

Fiel es el SEÑOR a su palabra
y bondadoso en todas sus obras.

El SEÑOR levanta a los caídos
y sostiene a los agobiados.
Los ojos de todos se posan en ti,
y a su tiempo les das su alimento.
Abres la mano y sacias con tus favores
a todo ser viviente.

El SEÑOR es justo en todos sus caminos
y bondadoso en todas sus obras.
El SEÑOR está cerca de quienes lo invocan,
de quienes lo invocan en verdad.
Cumple los deseos de quienes le temen;
atiende a su clamor y los salva.
El Señor cuida a todos los que lo aman,
pero aniquilará a todos los impíos.
¡Prorrumpa mi boca en alabanzas al
Señor!
¡Alabe todo el mundo su santo nombre,
por siempre y para siempre!

DIOS TIENE UN PLAN

Cuarenta años después de la muerte de David, la nación de Israel se dividió en dos, y el resultado de ello fueron dos naciones: el reino del norte de Israel y el reino del sur de Judá. Todos los reyes de Israel hicieron lo malo ante los ojos del Señor. En Judá, solo unos cuantos reyes fueron buenos. Uno de ellos fue Ezequías. Él sirvió valientemente al Señor en tiempos peligrosos.

Después, cuando tenía unos treinta y ocho años, Ezequías se enfermó y estaba a punto de morir. Estaba devastado y rogó al Señor misericordia. Como respuesta, el Señor se acercó a él con un mensaje impactante y un tierno cambio de planes. Sabemos por la Biblia que Dios tiene un plan para nuestras vidas en lo personal y que nuestros días están contados. Quizá no nos responda como deseamos, pero a veces alterará el plan que tiene para nosotros por la petición de sus hijos.

Por aquellos días Ezequías se enfermó gravemente y estuvo a punto de morir. El profeta Isaías hijo de Amoz fue a verlo y le dijo: «Así dice el Señor: “Pon tu casa en orden, porque vas a morir; no te recuperarás.”»

Ezequías volvió el rostro hacia la pared y le rogó al Señor: «Recuerda, Señor, que yo me he conducido delante de ti con lealtad y con un corazón íntegro, y que he hecho lo que te agrada.» Y Ezequías lloró amargamente.

No había salido Isaías del patio central, cuando le llegó la palabra del Señor: «Regresa y dile a Ezequías, gobernante de mi pueblo, que así dice el Señor, Dios de su antepasado David: “He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Voy a sanarte, y en tres días podrás subir al templo del Señor. Voy a darte quince años más de vida. Y a ti

y a esta ciudad los libraré de caer en manos del rey de Asiria. Yo defenderé esta ciudad por mi causa y por consideración a David mi siervo.”»

Entonces Isaías dijo: «Preparen una pasta de higos.» Así lo hicieron; luego se la aplicaron al rey en la llaga, y se recuperó.

Mientras que la historia de Ezequías se enfoca en la longitud de su vida, la historia de Jeremías se remonta hasta antes de que naciera. Jeremías fue un profeta que vivió cuando el reino estaba dividido. Vivió en el reino del sur de Judá y profetizó al pueblo acerca de su conquista y exilio pendientes a manos de los babilonios. Tanto en la vida de Ezequías como en la de Jeremías, Dios no se muestra distante ni ambivalente sino cercano y amoroso.

Éstas son las palabras de Jeremías hijo de Jilquías. Jeremías provenía de una familia sacerdotal de Anatot, ciudad del territorio de Benjamín. La palabra del SEÑOR vino a Jeremías en el año trece del reinado de Josías hijo de Amón, rey de Judá. También vino a él durante el reinado de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, y hasta el fin del reinado de Sedequías hijo de Josías, rey de Judá; es decir, hasta el quinto mes del año undécimo de su reinado, cuando la población de Jerusalén fue deportada.

La palabra del SEÑOR vino a mí:

«Antes de formarte en el vientre, ya te
había elegido;
antes de que nacieras, ya te había
apartado;
te había nombrado profeta para las
naciones.»

Yo le respondí: «¡Ah, SEÑOR mi Dios! ¡Soy muy joven, y no sé hablar!»

Pero el SEÑOR me dijo: «No digas: “Soy muy joven”, porque vas a ir adondequiera que yo te envíe, y vas a decir todo lo que yo te ordene. No le temas a nadie, que yo estoy contigo para librarte.» Lo afirma el SEÑOR.

Luego extendió el SEÑOR la mano y, tocándome la boca, me dijo: «He puesto en tu boca mis palabras. Mira, hoy te doy autoridad sobre naciones y reinos, para arrancar y derribar, para destruir y demoler, para construir y plantar.»

La palabra del SEÑOR vino a mí, y me dijo:

«¿Qué es lo que ves, Jeremías?»

«Veo una rama de almendro», respondí.

«Has visto bien —dijo el SEÑOR—, porque yo estoy alerta para que se cumpla mi palabra.»

La palabra del SEÑOR vino a mí por segunda vez, y me dijo:

«¿Qué es lo que ves?»

«Veo una olla que hierve y se derrama desde el norte», respondí.

Entonces el SEÑOR me dijo:

«Desde el norte se derramará la calamidad sobre todos los habitantes del país. Yo estoy por convocar a todas las tribus de los reinos del norte —afirma el SEÑOR—.

»Vendrán, y cada uno pondrá su trono
a la entrada misma de Jerusalén;
vendrán contra todos los muros que la
rodean,
y contra todas las ciudades de Judá.
Yo dictaré sentencia contra mi pueblo,
por toda su maldad,
porque me han abandonado;
han quemado incienso a otros dioses,
y han adorado las obras de sus manos.

»Pero tú, ¡prepárate! Ve y diles todo lo que yo te ordene. No temas ante ellos, pues de lo contrario yo haré que sí les temas. Hoy te he puesto como ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce, contra todo el país, contra los reyes de Judá, contra sus autoridades y sus sacerdotes, y contra la gente del país. Pelearán contra ti, pero no te podrán vencer, porque yo estoy contigo para librarte», afirma el SEÑOR.

El llamado de Jeremías fue muy específico en cuanto al plan global que Dios estaba desplegando a través de Israel. Advirtió fielmente al

reino del sur de Judá acerca de su infidelidad y la inminente disciplina de Dios. Él sabía desde el principio que no escucharían, pero su tarea era simplemente ser fiel y valiente y entregar el mensaje de Dios. Tres veces atacaron los temibles babilonios a Jerusalén y se llevaron a algunas de las personas a Babilonia. En el año 597, después de la segunda deportación, Dios le dio a Jeremías la tarea de escribir una carta a esos exiliados para recordarles que, como Jeremías había experimentado personalmente, Dios tiene un plan grande y bueno para sus vidas.

Ésta es la carta que el profeta Jeremías envió desde Jerusalén al resto de los ancianos que estaban en el exilio, a los sacerdotes y los profetas, y a todo el pueblo que Nabucodonosor había destruido de Jerusalén a Babilonia. Esto sucedió después de que el rey Jeconías había salido de Jerusalén, junto con la reina madre, los eunucos, los jefes de Judá y de Jerusalén, los artesanos y los herreros. La carta fue enviada por medio de Elasá hijo de Safán, y de Guemarías hijo de Jilquías, a quienes Sedequías, rey de Judá, había enviado al rey Nabucodonosor, rey de Babilonia. La carta decía:

Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel, a todos los que he deportado de Jerusalén a Babilonia: «Construyan casas y habítenlas; planten huertos y coman de su fruto. Cásense,

y tengan hijos e hijas; y casen a sus hijos e hijas, para que a su vez ellos les den nietos. Multiplíquense allá, y no disminuyan. Además, busquen el bienestar de la ciudad adonde los he deportado, y pidan al SEÑOR por ella, porque el bienestar de ustedes depende del bienestar de la ciudad.» Así dice el SEÑOR Todopoderoso, el Dios de Israel: «No se dejen engañar por los profetas ni por los adivinos que están entre ustedes. No hagan caso de los sueños que ellos tienen. Lo que ellos les profetizan en mi nombre es una mentira. Yo no los he enviado», afirma el SEÑOR.

Así dice el SEÑOR: «Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años, yo los visitaré; y haré honor a mi promesa en favor de ustedes, y los haré volver a este lugar. Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes —afirma el SEÑOR—, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza. Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón. Me dejaré encontrar —afirma el SEÑOR—, y los haré volver del cautiverio. Yo los reuniré de todas las naciones y de todos los lugares adonde los haya dispersado, y los haré volver al lugar del cual los deporté», afirma el SEÑOR.

DIOS SE INTERESA POR NOSOTROS

Jesús, el Hijo de Dios, vino a la tierra. Nació como un bebé humano y vivió entre nosotros. Su llegada despeja cualquier duda acerca de la cercanía de Dios en nuestra vida. Jesús es Emmanuel, «Dios con nosotros».

Cuando se reunió una gran multitud en un monte junto al mar de Galilea, Jesús enseñó a ese cansado y fatigado grupo acerca del interés intrínseco de Dios en sus vidas.

«Por eso les digo: No se preocupen por su vida, qué comerán o beberán; ni por su cuerpo, cómo se vestirán. ¿No tiene la vida más valor que la comida, y el cuerpo más que la ropa? Fíjense en las aves del cielo: no siembran ni cosechan ni almacenan en graneros; sin embargo, el Padre celestial las alimenta. ¿No valen ustedes mucho más que ellas? ¿Quién de ustedes, por mucho que se preocupe, puede añadir una sola hora al curso de su vida?

»¿Y por qué se preocupan por la ropa? Observen cómo crecen los lirios del campo. No trabajan ni hilan; sin embargo, les digo que ni siquiera Salomón, con todo su esplendor, se vestía como uno de ellos. Si así viste Dios a la hierba que hoy está en el campo y mañana es arrojada al horno, ¿no hará mucho más por ustedes, gente de poca fe? Así que no se preocupen diciendo: “¿Qué comeremos?” o

“¿Qué beberemos?” o “¿Con qué nos vestiremos?” Porque los paganos andan tras todas estas cosas, y el Padre celestial sabe que ustedes las necesitan. Más bien, busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas. Por lo tanto, no se angustien por el mañana, el cual tendrá sus propios afanes. Cada día tiene ya sus problemas.»

Tras la muerte de Jesús en la cruz, regresó de nuevo al cielo con el Padre. Después, Dios Espíritu Santo descendió sobre todos los que creyeron en Jesús. El lugar de morada de Dios ya no estaría más en templos contruidos por manos humanas, sino en lo profundo del espíritu de su pueblo. Desde dentro hacia fuera el Espíritu Santo nos habla, nos ministra, nos afirma, nos dirige, nos desafía y nos capacita. Con una pluma en la mano, el apóstol Pablo enseñó a la iglesia que se reunió en Roma acerca de esta gran verdad.

Por tanto, hermanos, tenemos una obligación, pero no es la de vivir conforme a la naturaleza pecaminosa. Porque si ustedes viven conforme a ella, morirán; pero si por medio del Espíritu dan muerte a los malos hábitos del cuerpo, vivirán. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no recibieron

un espíritu que de nuevo los esclavice al miedo, sino el Espíritu que los adopta como hijos y les permite clamar: «¡*Abba!* ¡Padre!» El Espíritu mismo le asegura a nuestro espíritu que somos hijos de Dios. Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria.

De hecho, considero que en nada se comparan los sufrimientos actuales con la gloria que habrá de revelarse en nosotros. La creación aguarda con ansiedad la revelación de los hijos de Dios, porque fue sometida a la frustración. Esto no sucedió por su propia voluntad, sino por la del que así lo dispuso. Pero queda la firme esperanza de que la creación misma ha de ser liberada de la corrupción que la esclaviza, para así alcanzar la gloriosa libertad de los hijos de Dios.

Sabemos que toda la creación todavía gime a una, como si tuviera dolores de parto. Y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos interiormente, mientras aguardamos nuestra adopción como hijos, es decir, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esa esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, ya no es esperanza. ¿Quién espera lo que ya tiene? Pero si esperamos lo que todavía no tenemos, en la espera mostramos nuestra constancia.

Así mismo, en nuestra debilidad el Espíritu acude a ayudarnos. No sabemos qué pedir, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras. Y Dios, que examina los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los creyentes conforme a la voluntad de Dios.

Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito. Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó.

¿Qué diremos frente a esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? ¿Quién acusará a los que Dios ha escogido? Dios es el que justifica. ¿Quién condenará? Cristo Jesús es el que murió, e incluso resucitó, y está a la derecha de Dios e intercede por nosotros. ¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? Así está escrito:

«Por tu causa siempre nos llevan a la
muerte;
¡nos tratan como a ovejas para el
matadero!»

Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.

¡Qué amor tan increíble tiene Dios por su pueblo! En el espíritu de este amor, Santiago, el medio hermano de Jesús, escribió una carta práctica a los primeros discípulos de Jesús. Les recordó que Dios se interesa y se implica en sus vidas cotidianas, aunque ellos también tenían un papel que desempeñar. Como creyentes, podemos reconocer el interés de Dios en nuestra vida, incluso en tiempos de prueba. Podemos buscar a Dios y pedirle sabiduría. Debemos también tener cuidado de no culpar a Dios de nuestras pruebas y tentaciones, y darnos cuenta de que cada buena dádiva proviene de su mano.

Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo,

a las doce tribus que se hallan dispersas por el mundo:

Saludos.

Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada. Si a alguno de ustedes le falta sabiduría, pídasela a Dios, y él se la dará, pues Dios da a todos generosamente sin menospreciar a nadie. Pero que pida con fe, sin dudar, porque quien duda es como las olas del mar, agitadas y llevadas de un lado a otro por el viento. Quien es así no piense que va a recibir cosa alguna del Señor; es indeciso e inconstante en todo lo que hace.

El hermano de condición humilde debe sentirse orgulloso de su alta dignidad, y el rico, de su humilde condición. El rico pasará como la flor del campo. El sol, cuando sale, seca la planta con su calor abrasador. A ésta se le cae la flor y pierde su belleza. Así se marchitará también el rico en todas sus empresas.

Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman.

Que nadie, al ser tentado, diga: «Es Dios quien me tienta.» Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte.

Mis queridos hermanos, no se engañen. Toda buena dádiva y todo don perfecto descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbres celestes, y que no cambia como los astros ni se mueve como las sombras. Por su propia voluntad nos hizo nacer mediante la palabra de verdad, para que fuéramos como los primeros y mejores frutos de su creación.

Índice de citas bíblicas

CAPÍTULO 1. DIOS PERSONAL

- | | |
|-----------------|------------------|
| Génesis 16.1–16 | 2 Reyes 20.1–7 |
| Genesis 21.1–21 | Jeremías 1.1–19 |
| Salmos 8.1–9 | Jeremías 29.1–14 |
| Salmos 23.1–6 | Mateo 6.25–34 |
| Salmos 139.1–24 | Romanos 8.12–39 |
| Salmos 145.1–21 | Santiago 1.1–18 |

CAPÍTULO 2. ADORACIÓN

- | | |
|----------------|-------------------|
| Salmos 95.1–7 | Hechos 16.16–35 |
| Isaías 1.11–20 | Hebreos 10.1–25 |
| Mateo 23.1–28 | Lucas 22.7–30 |
| Éxodo 15.1–21 | Colosenses 3.1–17 |
| Daniel 6.1–27 | |

CAPÍTULO 3. GOZO

- | | |
|-----------------------|--------------------|
| Salmos 16.1–11 | Juan 16.16–24 |
| Salmos 19.8 | Filipenses 1.1–19 |
| Salmos 119.14 | Filipenses 1.27–30 |
| Salmos 119.162 | Filipenses 2.12–18 |
| Juan 15.1–11 | Filipenses 3.1–21 |
| Santiago 1.2–17 | Filipenses 4.1–9 |
| Deuteronomio 16.13–17 | Filipenses 4.10–13 |
| 1 Crónicas 16.7–36 | 1 Pedro 1.3–9 |
| Esdras 6.13–22 | 1 Pedro 4.12–16 |
| Habacuc 3.1–19 | 1 Pedro 5.6–11 |
| Juan 13.1 | |

*Nos agradecería recibir noticias tuyas.
Por favor, envíe sus comentarios sobre este libro
a la dirección que aparece a continuación.
Muchas gracias.*



*Vida@zondervan.com
www.editorialvida.com*